LA NOVELA CÓMICA

NUMERO ESPECIAL, CON MOTIVO DEL HOMENAJE A LOS AUTORES DE *EL RAYO*, D. PEDRO MUÑOZ SECA Y D. JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

LO DE SIEMPRE...

PASO DE COMEDIA ORIGINAL E INÉDITO



MADRID, 11 DE NOVIEMBRE DE 1917

LO DE SIEMPRE...

PASO DE COMEDIA ORIGINAL E INÉDITO

DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Y

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ



MADRID
IMPRENTA MODERNA. — MARCH Y SAMARÁN
Doctor Fourquet, 23, Teléfono M. 14-51.

PERSONAJES

MARÍA LUISA...........	25 AÑOS
JUAN ANTONIO.........	30 íd.
RODRÍGUEZ.............	CAMARERO DE UNOS 50.

ACTO ÚNICO

La vaquería del Retiro a las cinco de la tarde. Como la tarde es de noviembre y hace frío, en la vaquería no hay un alma. Es decir, está Rodríguez, el camarero de turno, un hombre ccmo de cincuenta años, muy simpático, algo socarrón y un poco filósofo, como casi todos los camareros.

RODRIGUEZ.—*(Tras de un bostezo muy sostenido.)* Pues, señor, estoy más tronao que el zar, porque aquí hay mucho oxígeno, pero de propinas, ni un botón. ¡Y es que está la tardecita!... Como que ni siquiera ha venido la viuda del chico. Y ya no viene. *(Consultando el reloj.)* Claro, como que son las cinco, y ella suele venir a las tres. *(Fijándose en un caballero que atraviesa muy pausadamente la escena de izquierda a derecha.)* Uno. ¿Entrará?... *(El caballero desaparece entre los árboles de la derecha.)* No. Era un pulmonófilo. *(Sentándose ante una de las mesas.)* Me parece que puedo hacer ya la cuenta, porque esta tarde no va a venir ni don Juan Antonio, que es el más *residuo* de todos los parroquianos. Vamos a ver. *(Saca unas fichas y las pone en montoncitos separados.)* Pesetas, medias pesetas y reales. Me faltan: de pesetas... siete; de medias pesetas... dos, y de reales... una. Líquido. Debo tener siete pesetas, dos medias, o sean ocho, y un real. A ver el dinero. *(Coloca unos cuartos sobre la mesa.)* Treinta y cinco céntimos. No me cuadra. *(Registra sus bolsillos.)* Claro que yo le he dao a mi mujer cinco pesetas y a Morales, el guarda, le he prestao tres, que son ya catorce las que me adeuda con estas tres, y al señor

Celedonio le he pagao cuatro que le debía, que son seis; pero no le he dao más que cuatro...; de manera que catorce..., digo, cinco más seis, es decir, tres y siete... ¡Caray! *(Después de hacer una cuenta con los dedos)*, me salen diez y nueve. Es decir, que yo he metido en el bolsillo siete, digo, ocho veinticinco, y he sacado diez y nueve y treinta y cinco; no me cuadra. Vamos despacio. *(Mirando hacia la izquierda y guardándose las fichas y el dinero rápidamente.)* ¡Don Juan Antonio!... Menos mal. ¡Pobre señorito! ¡Viudo y a su edad!... *(Entra en escena por la izquierda Juan Antonio, joven archielegante, que revela en su cara, en sus gestos, en sus ademanes, una honda tristeza y una grave preocupación. Viste de luto riguroso. Se sienta ante una de las mesas de la izquierda, apoya los codos sobre la mesa y hunde la frente entre sus manos.)*

RODRIG.—*(Mirándole con lástima.)* ¡Ensimismao, como de costumbre! Ahora pedirá un grande de leche, lo contemplará un rato, lo pagará, se marchará sin probarlo siquiera... y me lo beberé yo, como todas las tardes. ¡Este es un hombre sintiendo, y lo demás son melodías! *(Acercándose.)* Para servirle, don Juan Antonio. *(Aunque la mesa está limpia, pasa el paño.)*

J. ANTONIO.—Lo de siempre, Rodríguez. El vaso de leche, que nunca tomo.

RODRIG.—Pero, señorito, ¿todavía?...

J. ANTONIO.—¡Qué quieres! Este es el tributo que rindo a su memoria. Es una especie de promesa que cumplo con heroísmo, porque no te lo niego: yo ahora me tomaría de buenísima gana un vaso de cerveza; pero...

RODRIG.—Yo creo, señorito, que usted exagera un poco...

J. ANTONIO.—No, Rodríguez, no; durante tanto tiempo vine aquí con ella a esta misma hora y con el mismo objeto, que... *(Suspira.)* ¡Pobre Justina! ¡Era tan buena! ¡La hice sufrir tanto!...

M. LUISA. — Fué muy bueno, Rodríguez, muy bueno y nada más.

RODRIG. — Sí, pero con unos prontos...

M. LUISA. — Hijos de sus celos. El hombre celoso es, a veces, irresponsable, y él tenía celos de todo el mundo. Hasta de los camareros. *(Rodríguez hace un gesto de vanidad.)* Ya ve usted: le gustaba venir aquí a tomar la cerveza porque decía que usted no le parecía un hombre. *(Rodríguez pone la carita propia del caso.)* ¡Pobrecillo! Era un santo.

RODRIG. — *(Con las intenciones de un miura.)* Y ustedes no tuvieron hijos, ¿verdad?

M. LUISA. — No.

RODRIG. — Pues yo... nueve. ¡Nueve! Siento que no viva el señorito, porque me gustaría a mí decirle eso: que tengo nueve.

M. LUISA.—*(Suspirando.)* ¡Pobrecilo!

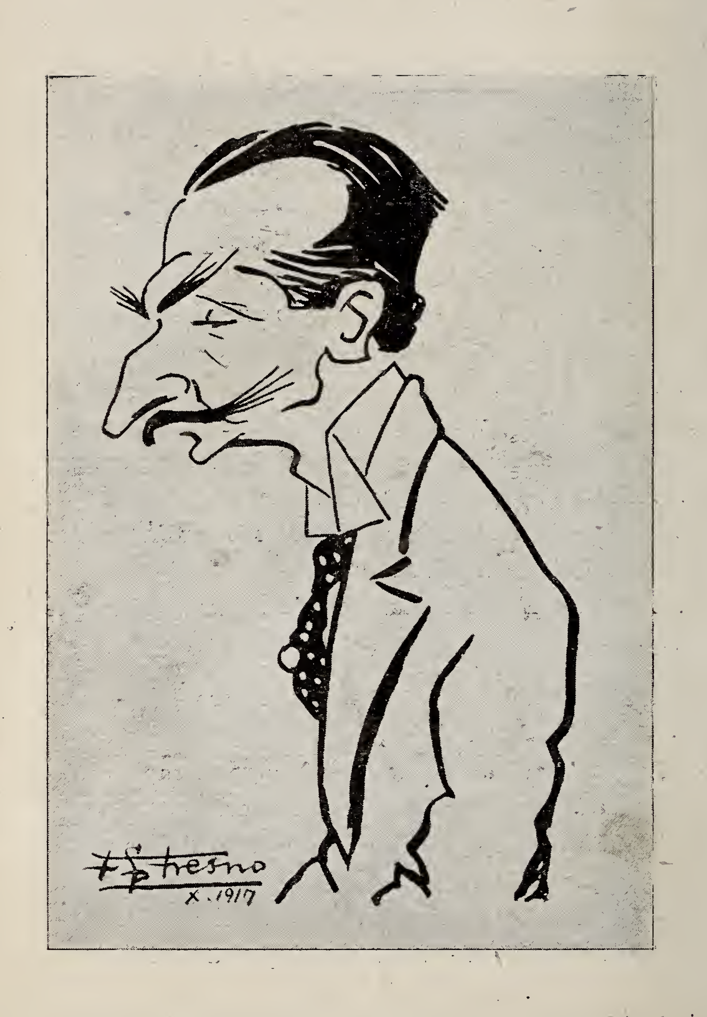
RODRIG.—En fin... ¡La vida! *(Haciendo mutis.)* Sí que creía unas cosas el difunto... *(Vase.)*

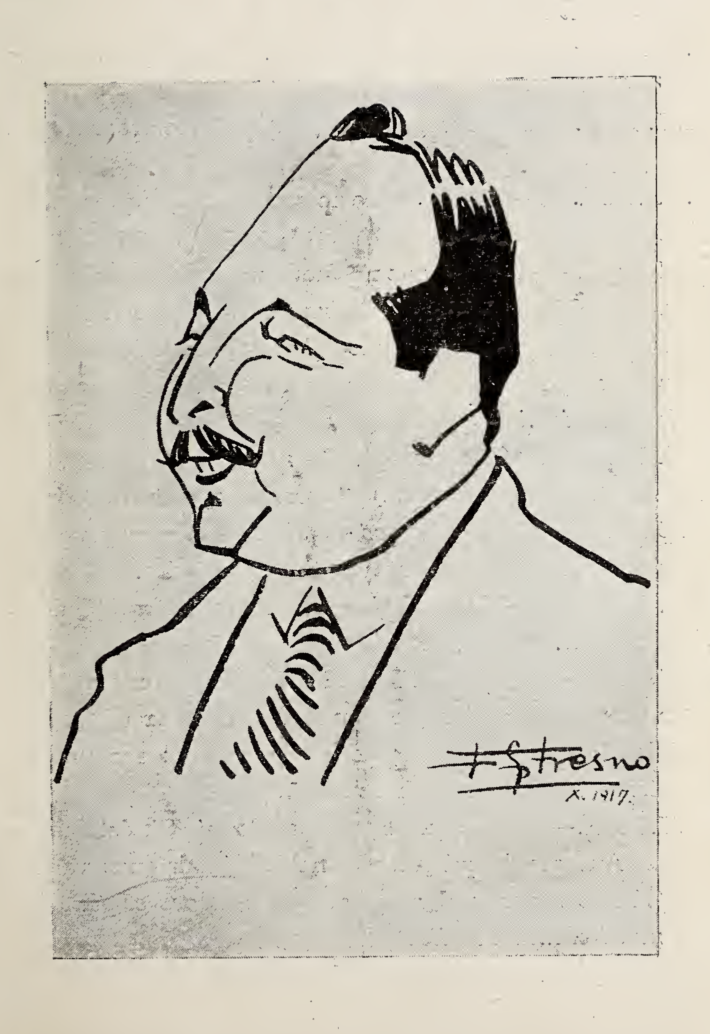
M. LUISA.—*(Tras un nuevo suspiro, abre un libro que trae, y lee.)*

Como guarda un avaro su tesoro
guardaba mi dolor,
creyéndole probar que hay algo eterno
a la que eterno me juró su amor.
Mas hoy lo llamo en vano y oigo, al tiempo
que lo agoto, decír:
¡Ah, barro miserable, eternamente
no podrás ni sufrir! *(Queda pensativa.)*

J. ANTONIO.—(Y es muy hermosa... Parece estar predestinada al sacrificio, al amor y al sufrimiento.)

M. LUISA.—*(Dándose cuenta de la atención con que la mira Juan Antonio.)* (¡Cómo me examina! ¡Qué insistencia y qué fue-


Fresno
X. 1917


X. 1917.

go en la mirada!) *(Saca con disimulo el espejito que lleva en su bolso y se somete a un rápido examen.)*

J. ANTONIO.—(¡Cómo se ruboriza! Creerá que... ¡Ay! No sabrá que yo no puedo qurrer a nadie...)

M. LUISA.—(Y es arrogante... ¡El pobre me creerá capaz de volver a querer!...)

J. ANTONIO.—(¡Todo lo que no sea una mujer que me recordara a todas horas a ella!...)

M. LUISA.—(¡Todo lo que no fuera un hombre que me recordara a todas horas a él!...) *(Se miran a un tiempo y, a un ttempo también, vuelven la cara y se dejan de mirar. Rodríguez entra en escena y coloca el vaso de cerveza sobre la mesa que ocupa María Luisa.)*

J. ANTONIO.—*(Llamando a Rodríguez.)* ¡Pedro!

RODRIG.—(Uno que se va.) *(Se acerca a Juan Antonio, vuelve a pasar el paño y dice, como si le hubieran preguntado ¿cuánto se adeuda)* Cincuenta céntimos, señorito.

J. ANTONIO.—*(En voz baja, por María Luisa.)* ¿Quién decías que era?...

RODRIG.—*(Idem.)* ¡Ah! Doña María Luisa Ramírez, la viuda de Panticosa: una mujer que es una alhaja. En cambio, el difunto... Dios lo haya perdonao; pero ya ve usted: con una mujer como ésa, y ha muerto sin herederos...

M. LUISA.—(Parece que se ocupan de mí. Sí: éste debe ser ese Juan Antonio de quien me ha hablado Rodríguez varias veces.) *(Vuelve a sacar el espejito, y ya esta vez se pone polvos con una diminuta borlita.)*

J. ANTONIO.—Tiene cara de bondadosa.

RODRIG.—Es un pedazo de pan.

J. ANTONIO.—*(Suspirando.)* ¡Ay de mí!

RODRIG.—¿Manda usted algo más, don Juan Antonio?

J. ANTONIO.—Nada, Rodríguez.

M. LUISA.—(No me habia engañado: es él.)

RODRIG.—(Vamos a ver si me sale la cuenta.) *(Se sienta lejos, saca las fichas, las pone de nuevo en montoncitos, etcétera, etc.)*

M. LUISA.—*(Mirando a Juan Antonio y pasando hojas y más hojas del libro.)* (Y es guapo.) *(Se le cae del libro una tarjeta, sin advertirlo.)*

J. ANTONIO.—*(Se levanta, se acerca, toma la tarjeta, se descubre y se la ofrece a María Luisa, diciéndola:)* Señora...

M. LUISA.—¿Eh?... *(Al ver la tarjeta.)* ¡Ah!... Se...

J. ANTONIO.—Sí: se...

M. LUISA.—Mil gracias.

J. ANTONIO.—De nada. Perdone... y perdone la insistencia impertinente con que la he estado mirando, cosa que usted habrá notado.

M. LUISA.—No... No me fijé... No me he dado cuenta...

J. ANTONIO.—Creí otra cosa al verla ruborizarse... Y como la simpatía que la situación de usted me inspira...

M. LUISA.—¡Mi situación!

J. ANTONIO.—Su estado... Sé que es usted viuda. Y como yo también lo soy...

M. LUISA.—¿Sí? ¡Qué dolorosa coincidencia!

J. ANTONIO.—Esa es la vida, María Luisa.

M. LUISA.—Pero... ¿sabe usted cómo me llamo, señor don Juan Antonio?

J. ANTONIO.—¡Ah!... Pero ¿usted también?... *(Pausa.)*—Sin querer, oí lo que hablaba con el camarero, y me dió cierta envidia escuchar lo que decía... ¡Cuánta abnegación y cuánta ternura!... Almas como las de usted se encuentran pocas...

M. LUISA.—No diga eso, que usted también sabe sentir, y es muy raro hallar hombres de tan noble corazón y que hayan querido tanto...

J. ANTONIO.—*(Sentándose.)* ¿Me permite usted?

M. LUISA.—Desde luego.

RODRIG.—¡Juntos! *(Coge el vaso de leche que hay en la mesa de Juan Antonio y lo pone en la de María Luisa. Luego se retira discretamente.)*

J. ANTONIO.—Es cosa de bendecir este dolor que nos aproxima.

M. LUISA.—Dolor que no debía morir nunca; pero que muere también. Pasan los años; los recuerdos se amortiguan; una quisiera que no le abandonasen; pero se van. Es la vida que transcurre piadosa y buena, y el dolor acaba, y todo muere para transformarse en ilusión o en esa poesía que pasa por la existencia de la mujer y dura en ella un segundo.

J. ANTONIO.—Pero es que esforzarnos en perpetuar nuestros infortunios es una crueldad. ¿No lo cree usted así?

M. LUISA.—No quiero decírmelo. No me atrevo a confesármelo.

J. ANTONIO.—Es que es usted dulce, delicada, rubia y tímida como ella.

M. LUISA.—Y usted, enérgico, decidido y franco como él.

J. ANTONIO.—Así hablaría si viviese.

M. LUISA.—Eso me diría si estuviésemos unidos.

J. ANTONIO.—No sin aconsejarme, llena de piedad, que fuese dichoso.

M. LUISA.—No sin decirme a mí que fuese feliz.

J. ANTONIO.—Y, sin embargo, nosotros nos esforzamos en hacernos desgraciados. Luchamos con la vida y con la muerte sin decidirnos ni por la una ni por la otra. Somos cobardes y débiles. Llevamos nuestro sacrificio al extremo de no hacer caso de ellos, que nos dicen desde el otro mundo que seamos dichosos.

M. LUISA.—Es cierto. *(Suspirando.)* El era un santo, pero muy colérico.

RODRIG.—¿Usted? Si más bien parecía ella la que...

J. ANTONIO.—Sí, la hice sufrir mucho Rodríguez, mucho. Claro que ella tenía la culpa: sus celos otelianos hacían nuestra vida imposible... *(Vuelve a suspirar.)* ¡Me quería tanto!...

RODRIG.—*(Suspirando también.)* En fin... ¡La vida, señorito! ¡La vida! *(Hace mutis por la izquierda, diciendo.)* Este vasito de leche no hay quien me lo quite a mí en una temporada. *(Mutis.)*

J. ANTONIO.—¡La vida! ¡La de veces que yo deseé, en mentes, la muerte de la pobre Justina, y ahora sólo cuadran a mi sentimiento estos lugares apacibles que tan vivamente me la recuerdan! ¡Pobrecilla! Pero dice bien Rodríguez: yo exagero. Esforzarse en perpetuas, nuestro dolor es una crueldad y un suicidio lento y cobarde.

RODRIG.—*(Por donde se fué. Trae el consabido vaso de l-che y lo coloca en la mesa, pero a cierta distancia de Juan Antonio.)* Pues sí, don Juan Antonio: hay que resignarse. Claro que yo, que tengo mi corazón y tengo mis sentimientos, porque aunque camarero tengo mis sentimientos, veo con gusto esto que hace usted todas las tardes, porque... *(Mirando con codicia el vaso de leche)*, vamos, hay cosas que le sientan a uno bien; pero me parece que dada la edad de usted y los meses ya transcurridos desde el fallecimiento, y la vidita que le daba a usted la difunta...

J. ANTONIO.—Por exceso de cariño, Rodríguez; no lo dude.

RODRIG.—Por lo que fuera, señor. Pero a mí, no va usted a negarme que... Porque la tarde que usted le sonrió dos veces a aquella francesa... quien le tiró a usted el vaso de leche a la cara fué doña Justina.

J. ANTONIO.—*(Suspirando.)* ¡Qué mujer!

RODRIG.—Debía tener un genio...

J. ANTONIO.—No, si aludo a la francesa...

RODRIG. — ¡Ah! Canela. *(Juan Antonio vuelve a supirar.)*

J. ANTONIO. — Cualquier cosa la sacaba de quicio. ¡Me quería tanto!

RODRIG.—*(Mirando hacia la izquierda.)* ¡La señorita María Luisa!

J. ANTONIO. — ¿Cómo?

RODRIG. — Aquélla: la viuda del chico.

J. ANTONIO. — No veo al chico.

RODRIG. — No; si yo la llamo así porque viene todas las tardes y pide un chico de pilsen.

J. ANTONIO. — ¡Ah!

RODRIG. — Hoy se ha retrasado.

J. ANTONIO. — Es muy guapa.

RODRIG. — Y un corazón... ¡Vaya una mujer consecuente!... *(Entra la aludida María Luisa por la izquierda, y, dando también muestras de un gran abatimiento, cruza la escena y se sienta ante una de las mesas de la derecha. Ni que decir tiene que es joven, muy guapa y que viste de luto riguroso.)*

J. ANTONIO. — Si es guapa, sí; pero...

RODRIG. — *(Acercándose a María Luisa.)* Señorita...

M. LUISA. — Lo de siempre, Rodríguez. El vaso de cerveza que nunca tomo.

RODRIG. — Pero ¿todavía?...

M. LUISA. — Y siempre. Este es el tributo que rindo a su memoria. Es una especie de promesa que cumplo fielmente, y hoy bien sabe Dios que me cuesta trabajo cumplirla. Es tarde y apetezco algo nutritivo que me tonifique, pero...

RODRIG. — *(Limpiando la mesa.)* Como usted disponga, señorita; pero, vamos, yo creo que... después de un año, y sabiendo usted como sabe, que el señorito Luis, que esté en gloria, era... Vamos que fué con usted...

J. ANTONIO.—Y ella. muy buena, pero muy celosa.

M. LUISA.—Pero usted...

J. ANTONIO.—¿Qué?...

M. LUISA.—Usted la quería.

J. ANTONIO.—Y usted...

M. LUISA.—Y yo le prometí no querer a nadie...

J. ANTONIO.—Como yo...

M. LUISA.—También es verdad que, si no se lo hubiese prometido, el pobre hubiera muerto antes.

J. ANTONIO.—Fué, como la mía, una piadosa ligereza. *(Señalando el vaso.)* ¿No bebe usted?

M. LUISA.—Es otra promesa. Además, no me gusta la cerveza. ¿ Y usted?

J. ANTONIO.—Lo mismo. Pero... *(Dándole el vaso de leche.)* Tome usted.

M. LUISA.—¿Cómo?

J. ANTONIO.—Así no lo quebrantamos.

M. LUISA.—*(Dándole la cerveza.)* Es verdad. Tome. *(Beben.)*

RODRIG.—*(Viéndolos. Con cómica tristeza.)* ¡Adiós, vaso de leche!... ¡Adiós, cerveza!...

J. ANTONIO.—*(Limpiándose y relamiéndose.)* ¡Qué buena estaba!

M. LUISA. — Y yo tenía un apetito...

J. ANTONIO. — Voy a repetir... *(Al camarero.)* Oye... Trae más cerveza.

M. LUISA.— Y otro vaso...

RODRIG.—*(Caminando.)* ¡Qué ganas tenían!... *(En el mutis.)* Ahora me parece a mí que la cuenta va a cuadrar. *(Una pausa.)*

J. ANTONIO. — ¿Es usted celosa?

M. LUISA.—Mire usted... Un poco... ¿Y usted?... ¿Es violento?

J. ANTONIO. — Algo... No mucho... Generalmente suelo ser dócil, prudente, sentimental...

RODRIG. — *(Que entra. Oyéndole.)* ¡Vaya una metáfora!... *(Deja el servicio y se retira prudentemente, permaneciendo a respetuosa distancia, pero sin dejar de observarlos.)*

J. ANTONIO—¿Decía usted?

M. LUISA.—Nada que no esté inspirado en la tristeza de este dolor que quiere abandonarme... Que estoy tan acostumbrada a él, que me parece que mi vida no tendrá objeto cuando me falte el recuerdo.

J. ANTONIO.—No nos faltará, María Luisa. Y más si unidos con los lazos de una buena amistad, procuramos conservarlos.

M. LUISA.—Por mí... Pero tengo que retirarme... Dejaremos la conversación para mañana...

J. ANTONIO.—¿Por qué no continuarla hoy?... Si usted quiere que la acompañe...

M. LUISA.—¿No le causará molestia?...

J. ANTONIO.—Ninguna. Llevo tanto tiempo abismado en mi tristeza, que estos momentos de confidencia son mi consuelo.

M. LUISA.—Para mí, también; porque llevo mucho tiempo encerrada dentro de mí misma.

J. ANTONIO,—¿Sin esperanzas?...

M. LUISA.—Juan Antonio...

J. ANTONIO. — *(Tras una pausa.)* Contésteme, María Luisa. Porque su respuesta será, quizás, decisiva para mí. ¿Sin esperanzas?

M. LUISA. — No. Con la esperanza remota de una ilusión de felicidad.

J. ANTONIO. — ¿Y por qué no de un amor nuevo? Porque la primavera llega siempre, siempre, más tarde o más temprano; pero con su paz, con su calma...

(Llega Rodríguez, que se queda atónito viéndolos en pie y sin hacer por pagar.)

J. ANTONIO. — ...con su melancolía, que es olvido piadoso,

dulzura, resignación... amor también y también poesía, que vuelve a pasar por el corazón herido.

M. LUISA.—*(Caminando.)* ¿Y qué dirán...? ¿Para qué sirvieron...? ¿Para qué sirven...?

J. ANTONIO.—Para unir a los que sufren: para unir a los que alentados con su recuesdo volverán a amar... *(Mutis.)*

RODRIG.—*(Aterrado e indignado.)* Pero... ¡Y no pagan!... ¡Malhaya sea!... ¡Y mi cuenta sin cuadrar!... Ya lo pagarán cuando se casen, porque éstos se casan; no me cabe duda.

TELÓN

ESTE NÚMERO NO SE VENDE
SE REGALA A LOS
ASISTENTES AL
BANQUETE
HOME-
NAJE